

MARY BEARD:

“LOS ROMANOS NO TIENEN RESPUESTAS PARA NOSOTROS”

JOAQUÍN ARMADA, HISTORIADOR Y PERIODISTA



Es una auténtica “rock and roll star” de la divulgación histórica. Profesora de Clásicas en la Universidad de Cambridge, Mary Beard ha logrado que sus ensayos y series televisivas sobre Roma sean aventuras fascinantes. La historiadora británica logra combinar el rigor con el entretenimiento y la diversión. Y, lo más importante, nos obliga a cuestionar lo que creemos saber sobre el mundo clásico. Sobre la mesa hay varios ejemplares de *SPQR* (Crítica, 2016), su original historia de Roma, que lleva meses en las listas de libros más vendidos, y el rastro casi invisible de los entrevistadores anteriores, un vaso de agua medio lleno, un folio olvidado... Mary Beard lleva ya ocho horas atendiendo a la prensa, pero conserva intacto su sentido del humor. “La esclavitud moderna”, bromea, refiriéndose a este viaje fugaz a Madrid. Conversamos con ella unos días antes de que reciba en Oviedo el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales, con la certeza de que seducirá a su selecto auditorio con la misma habilidad con la que ha logrado atraer a millones de lectores y espectadores. Como en sus documentales, Mary Beard no parará de mover sus brazos y gesticular de forma apasionada durante toda la entrevista.

Voy a hacerle una pregunta que no le han hecho nunca. ¿Por qué nos fascinan tanto los romanos?

[Ríe a carcajadas e ironiza]. ¡Bueno, esa es difícil! Creo que hay muchas razones. La gente que vive en España, Gran Bretaña, Francia, Italia... puede seguir viéndolos. Sus edificios nos rodean, sus objetos están en nuestros museos, sus carreteras están debajo de las nuestras. Prácticamente, estamos en contacto con ellos. Pero, más allá de ese contacto físico, el debate político, los problemas a los que se enfrentaron los romanos, los conceptos de libertad, ciudadanía, poder... siguen siendo en parte nuestros problemas, y hemos aprendido a hablar de estos conceptos a través de ellos. Somos los herederos directos del debate político romano. Por otro lado, y no sé muy bien a qué se debe esto, para nosotros la cultura romana se parece a la nuestra, pero de forma excesiva. Con más lujuria, más sexo, más

pomposidad. Nos parece un reflejo agrandado de nosotros mismos.

Cree que debemos aprender de ellos, pero no admirarlos.

Bueno, puedes admirarlos, si quieres [risas]. ¡Depende de ti! Pero es bastante difícil admirar una cultura que no concede derechos políticos a las mujeres, o admirar la conquista romana. No obstante, la manera en la que examinaban sus propios procedimientos, cómo intentaban descifrar lo que era formar parte de una comunidad cosmopolita, por ejemplo, nos proporciona una perspectiva diferente sobre nuestros propios problemas. Ahora bien, es un error plantearnos: “¿Qué hicieron los romanos para resolver este problema?”. Los romanos no tienen respuestas para nosotros.

Tras leer *SPQR* tengo la sensación de que el éxito romano se debió a que tenían

el ejército más numeroso. Podían perder una batalla, pero no una guerra.

Sí, es verdad.

Parece un poco simplificador.

Sí, es simplificador porque después hay que preguntarse: ¿y por qué tenían el ejército más grande? Y esa es la parte interesante. Grandes generales, como Julio César, eran excelentes tácticos. Pero si los romanos se hicieron invencibles era porque tenían un poder humano casi ilimitado. Y lo consiguen por la expansión de la ciudadanía. Por lo tanto, la expansión de la ciudadanía es lo que alimenta su fuerza militar.

Usted resume la batalla de Cannas con una frase: Aníbal rodeó a las tropas romanas y las atacó por detrás. Creo que un hombre nunca se habría atrevido a resumir así la batalla.

Bueno, ¡a muchos hombres no les gusta mi análisis! [Risas].

Creo que los historiadores varones tienen más fascinación por el mundo militar.

Bueno, he leído mucho sobre las batallas romanas. Y, básicamente, lo que hacían para vencer era ir por detrás [risas].

Usted ha escrito que “la historia de Roma se reescribe sin parar”. También en la ficción. *Astérix*, *La vida de Bryan*, *Roma*... nos muestran la visión de los romanos que tenían sus creadores. ¿Cómo han evolucionado los relatos de ficción sobre los romanos?

Creo que es una historia más larga de lo que podemos suponer. Hay que remontarse al Renacimiento. El conflicto entre Cicerón y Catilina ya está en las obras de teatro de los siglos XVI y XVII. Y, por supuesto, tenemos el *Julio César* de Shakespeare. Ahí empezamos a ver a los romanos presentados de una manera que podamos ver algo de nosotros mismos. Y eso pasa con las grandes historias políticas. En el

siglo XIX, *Los últimos días de Pompeya* fue un auténtico *best seller*. Era un libro muy atractivo porque era un libro de desastres. Pero incluía también el conflicto entre el cristianismo y el paganismo. ¡Los únicos que logran escapar de Pompeya son los dos personajes cristianos!

Ha mencionado a Cicerón, a quien dedicó su tesis y que está muy presente en *SPQR*. ¿Es el personaje que más le atrae de la historia de Roma?

No, no me atrae. En cierto modo es bastante terrible. Pero es la única persona de la antigua Roma a quien podemos conocer de una manera parecida a como podríamos conocer a alguien en una biografía moderna. Tenemos tomos con sus cartas privadas, discursos, ensayos, críticas, biografías de él. Probablemente sea el único personaje de la Antigüedad que puede verse de una forma tan completa. San Agustín [ss. IV-V d. C.] sería el siguiente.

Esto me recuerda la reflexión que hace a propósito de la biografía de Adriano de Anthony Birley: “Una biografía de cualquier emperador romano que se extienda de más de cuatrocientas páginas está obligada a ser, en gran medida, ficción”.

¡Más de cuarenta páginas, diría! [Risas]. En cierto modo fui un poco cruel, pero es que reúne todo lo que odio de ese tipo de biografías. No contamos con suficiente material para poder escribir ese tipo de libros. Tenemos historias muy interesantes sobre Adriano, pero no sabemos lo suficiente para escribir una biografía sobre él. En cambio, de Cicerón sí se podría escribir una biografía. Yo no quiero hacerlo, pero se podría.

Así que, por lo que usted expone, el Adriano de Yourcenar es quizá tan real como el Adriano de Birley...

Sí, es cierto. A mí no me gusta particularmente Marguerite Yourcenar, pero su no-



RESTOS de la puerta de entrada a Barcino, la Barcelona romana, en la actual plaza Nova.

La regla de oro de Beard

Desde hace décadas, Mary Beard es responsable de temas grecolatinos en el *Times Literary Supplement*. En el prólogo a *La herencia viva de los clásicos* (Crítica, 2013), un libro muy entretenido escrito a partir de una treintena de sus críticas, Beard deja claro que cree que las reseñas son el lugar ideal para plantear el debate de las clásicas.

Cuando reseña el libro de otro historiador, usted siempre intenta no escribir nada que no pueda decir a la cara. Aun así, es muy dura...

Creo que en las reseñas hay que ser franca, porque si no se convierten en admiración mutua. Cuando era joven escribí una reseña terrible sobre un libro muy escolástico sobre rotulaciones romanas. El autor dirigía el Instituto Romano de Finlandia, y fue muy amable conmigo cuando visité Roma. Cuanto más amable era, más pensaba que había escrito algo que no podía decirle a la cara. Creo que en ese momento decidí que no debía escribir nada que no pudiese decirle al autor. De los demás espero que hagan lo mismo.

vela [*Memorias de Adriano*] te lleva al mundo de Adriano de una manera tan válida como la de Birley.

Usted viaja continuamente a la antigua Roma, y nosotros con usted. Pero, si tuviéramos una máquina del tiempo, ¿qué momento de la historia de Roma le gustaría presenciar?

Bueno, primero me tendría que asegurar de que tengo billete de vuelta [risas].

¡Arreglado!

Bueno, sería horrible, pero ¡muy interesante!, ver el asesinato de Julio César. Me encantaría ver si Calígula era tan malo como lo pintaban. Pero antes que ver un momento histórico, preferiría, por ejemplo, vivir un día en Pompeya. ¡Me gustaría ir a un baño romano!, descubrir si eran tan antihigiénicos como creo que eran...

Sí, no se podía ir con una herida abierta.

No. Por otra parte, me temo que los baños de las mujeres estaban menos limpios. Así que tendría que visitar el masculino disfrazada de hombre.

SPQR acaba en el año 212, muy lejos de 476, que durante décadas nos enseñaron como la fecha que ponía fin al Imperio romano de Occidente.

Nadie sabe cuándo poner el final a la historia de Roma. Todo el mundo sabe dónde iniciarla, pero no dónde finalizarla. En cierto modo, 1453 sería la fecha más apropiada, con el fin del Imperio bizantino. La conversión de Constantino al cristianismo

sería otra. Cada autor elige el punto final en función de su enfoque. Elegí 212 porque el tema que guía mi libro es cómo, desde el mito de Rómulo, se expande la ciudadanía romana. También quería provocar: sé que es una fecha poco usual. Pero 212 es la fecha apropiada porque es el momento en el que Caracalla, mil años después del mito de Rómulo, hace que cada persona libre del Imperio romano sea un ciudadano. A partir de entonces las cosas cambian de manera significativa. Una vez que todo el mundo se convierte en ciudadano, se empiezan a inventar nuevas formas de discriminación entre privilegiados y no privilegiados. En cierto modo, el año 212 marca el inicio de la Europa feudal.

¡Tan pronto!

Sí, es una Europa protofeudal, el inicio del tipo de distinciones que se verán más tarde en la Europa medieval.

Una de las características de su obra es su sentido del humor.

¡Gracias! [Risas].

¿Son muchas las diferencias entre el sentido del humor de los romanos y el nuestro?

[Duda unos segundos]. En muchos sentidos creo que sí. Pero nos podemos reír todavía de los chistes romanos. Hay una colección maravillosa de chistes romanos, probablemente del siglo V, aunque muchos deben de ser anteriores. No son enormemente graciosos, pero aún tienen sentido. ¿Quieres que te cuente uno?



BAÑOS PÚBLICOS de Pompeya. A la derecha, estatua de Tácito ante el Parlamento de Viena.

¡Sí, claro!

Un hombre camina por la calle y se encuentra a un amigo. “¡Es curioso, pensaba que estabas muerto!”. “Bueno, puedes ver que estoy vivo”. “Ya, pero la persona que me dijo que estabas muerto es más de fiar que tú” [risas].

En su libro deja claro que el sentido del humor era una de las cualidades que debía tener un buen emperador.

Sí, es una idea que se apoderó de todas las monarquías europeas más tarde. La idea de que el rey debe ser tolerante con el humor, que debe involucrarse en charlas animadas con sus súbditos. Una de las características de los malos emperadores es que castigan el chiste. En el caso de Calígula, y esto debe de ser un mito, se le acusa de prohibir la risa tras la muerte de su hermana. La risa es una de las cosas por las cuales se define la calidad de un emperador. Calígula hacía chistes, pero siempre eran crueles. Por ejemplo, si le preguntaban en una cena

por qué se reía, él contestaba: “Pensaba que lo único que tendría que hacer es chasquear los dedos y os decapitarían a los dos a la vez”. Un humor sádico.

Usted desconfía del retrato malvado que nos ha llegado de él. Deja claro que tanto Calígula como otros emperadores primero fueron destronados y, después, demonizados.

Sí, es un problema. Si te encuentras ante un emperador que ha sido asesinado y que cuenta con una reputación muy mala en fuentes posteriores, es imposible saber si realmente fue asesinado por su maldad o si, precisamente por ser asesinado, su sucesor tenía que insistir en retratarlo como malvado. El problema con Calígula, como con otros emperadores “malos”, es que es absolutamente inevitable que su reputación sea tan terrible. ¡Puede que fueran malos!, pero hay muy pocas fuentes contemporáneas comparables a las historias terribles que se contaron después. Aunque tal vez la

gente tenía miedo de escribir sobre él con veracidad cuando estaba vivo...

Bueno, Tácito fue muy crítico con los emperadores muertos, pero no con sus contemporáneos.

¡Tácito es brillante! Si tuviera que elegir a un único historiador romano, sería él. Su estilo es brillante, lo que no quiere decir que su historia sea precisa. Cuanto más sabes sobre su carrera, más sospechas de él. Su biografía de Agrícola (su suegro) es una denuncia absoluta de Domiciano. Pero sabemos que su carrera prosperó durante su reinado. La política imperial es muy complicada. Cuando mis estudiantes empiezan a leer sobre Tácito y se sorprenden de su relato les digo: “Quiero que la semana que viene me contéis la carrera de Tácito”. Porque le imaginan como alguien al otro lado del poder imperial, hasta que descubren que fue un político de éxito.

¿Cuál es su secreto para atraer a los espectadores de sus series?



Bueno, la materia de la que hablo es muy interesante y creo que la cuento como es, tal cual. Creo que soy una profesora muy práctica. No podría haber hecho esto hace treinta años. Pero si das clase en la universidad durante un cierto tiempo aprendes qué emociona a los alumnos, y ese tipo de cosas también emocionan a los espectadores. Y aprendes algunos de los trucos para transmitir cosas que son difíciles. Pero creo que lo que realmente valora la gente es poder ver un programa de televisión hecho por una vieja señora, normal y corriente, que sabe de lo que habla.

Y que es valiente, porque ir en bicicleta en Roma...

[Risas]. ¡Es lo más valiente que he hecho! La mayoría de la gente cree que mi paseo en bici fue muy fácil, pero me hicieron girar la rotonda de la plaza de la República y, en fin, estaba llena de autobuses. Lo único que podía hacer era dar vueltas y más vueltas, porque no podía salir de la rotonda [ríe a carcajadas]. Después fue muy gracioso, pero...

Para terminar, me gustaría que me explicase por qué es importante aprender y enseñar historia.

¡Es una gran pregunta! [Piensa unos segundos antes de contestar]. No es solo por la curiosidad y el placer de descubrir cosas del pasado, que es muy interesante. La historia es una conversación con nuestros antepasados. Nos ayuda a vernos con otra luz, nos muestra lo que hemos heredado. En definitiva, nos hace mejores. ■